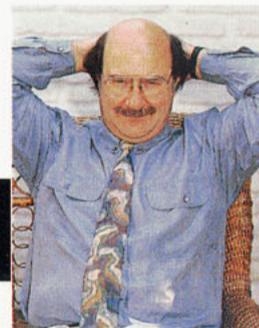


SHOW CULTURAL

Cine • Libros • Televisión • Píropos • Guía del ocio • Arte • Teatro • Gastronomía • Opiniones

La ardiente impaciencia de Massimo Troisi

por Antonio Skármeta



En octubre de 1993, Massimo Troisi, convaleciente de una operación al corazón, no pudo asistir a una cena organizada por el productor italiano Vittorio Cecchi Gori y su esposa Rita para que yo conociera personalmente al equipo que comenzaría a filmar meses después mi novela *Ardiente paciencia*, en Roma rebautizada *Il Postino di Neruda* (*El cartero de Neruda*). Mis días en Italia eran escasos, pero le pedí al director del filme, el inglés Michael Radford (*Orwell*, 1984, último filme de Richard Burton), que me concertara una cita con Troisi en su casa.

No podía abandonar Italia sin ver al más popular y querido actor del momento, a ese flaco y agudo napolitano favorito del público y los críticos. Otras dos razones me incitaban a visitarlo: darle palabras de aliento para que superara su enfermedad, un mal cardíaco que lo corroía desde los veinte años, y expresarle mi agradecimiento, pues era él quien había descubierto mi novela publicada por Garzanti en Italia y el que había propuesto al productor más importante de Italia que adquiriera los derechos de mi obra. El personaje de Mario, *Il Postino*, le parecía "hecho para él".

El encuentro tuvo lugar en su casa una tarde de otoño, en la que pude comprobar con placer y asombro que había una secreta relación entre mi cartero Mario y la atmósfera que irradiaba la expresividad de Troisi. Las coincidencias eran hasta entonces casi mágicas: *Il Postino* tiene una curiosa mezcla de ingenuidad, impertinencia, humor y melancolía, y el comediante Troisi había logrado su éxito en el cine gracias a su comicidad matizada por un dejo de tristeza y cierto asombro ávido, una tensión irresistible hacia algo vago y hermoso. Por cierto que lo había admirado en sus filmes dirigi-



Massimo Troisi durante el ensayo de *Il Postino di Neruda*: "¿Es el mundo entero una metáfora de algo?"

dos por Ettore Scola y co-actuados por Marcelo Mastroianni como *Splendor* y *¿Qué hora es?*, pero ahora, en la intimidad de su casa y en la dulzura de su convalecencia,

me pareció aún más cálido, más gracioso, más sensible y vulnerable.

Lo vi como un artista en el umbral de la madurez. Las angustias de la enfermedad habían afinado su cuerpo y perfeccionado sus recursos expresivos. Me dio diez generosas razones que lo habían llamado a promover la filmación de mi novela y que no me corresponde detallar, enfatizando la poesía existente en "el genio popular, sea chileno o napolitano". Nos abrazamos al despedimos, y en el breve momento en que envolví su frágil cuerpo en mi robusta caparazón chilena, fui turbado por una insólita emoción. Sentí sus enormes ganas de hacer el rol de Mario, el cartero, y di gracias a quien correspondía, por la suerte de que mi obra hubiera capturado con tanta intensidad su atención.

Durante meses la producción estuvo en peligro, pues Massimo Troisi no terminaba de convalecer. Hasta que un día los médicos lo autorizaron a trabajar en el filme, que consultaba no sólo escenas en Roma, sino también en la sureña isla de Salina, el famoso espacio de *Il Gattopardo*. Con un médico alerta a su evolución, inició el rodaje de las escenas con *su* Pablo Neruda, el mítico Philippe Noiret (*Cinema Paradiso*). Cada vez que la intensidad del trabajo lo cansaba, su doctor y los productores le concedían algunos días de reposo.

En medio de la filmación, llegó la noticia brutal: al terminar el filme, Troisi debía someterse a un trasplante cardíaco. Yo me informé de las peripecias de este drama a través de llamadas semanales desde Chile al director Radford. En una de ellas, me confidenció que le había dicho

a Troisi: "Si la salud no te permite seguir, cueste lo que cueste hay que dejar de rodar. La vida es más importante que el cine". Y el actor le replicó: "Sí, pero el cine es mi vida. Y a este filme le voy a entregar hasta el último latido de mi viejo corazón". Radford despertaba en mitad de la noche con la angustia de que por la mañana el actor le dijera "no puedo seguir". En tanto, el milagro del cine ya había acontecido: los talentos de Troisi y Noiret inflamaron los espíritus del equipo. Según informa la prensa italiana, habían logrado algo "streptitoso", que en buen castellano y por extraño que parezca, significa "maravilloso".

La noche del sábado 4 de junio, Massimo Troisi cumplió su último día de rodaje, completando todas las escenas previstas para la obra final. En el set se alzó una copa celebrando el buen fin de su trabajo. El actor la alzó diciendo, a modo de despedida: "Los amo a todos. No se olviden de mí". A la semana siguiente, debía enfrentar el quirófano donde le insertarían un nuevo corazón. El sábado por la mañana estuvo leyendo y después del almuerzo se retiró para entregarse a una pequeña siesta. En ese sueño lo acometió la muerte.

Hacia el final de *Ardiente paciencia*, el cartero visita a Neruda agónico, y nuestro poeta le pide "una buena metáfora para morir tranquilo". Hoy en mi tristeza, no tengo ninguna buena metáfora que decirte, amado Massimo Troisi. Estamos hechos de enigma y los diseños del misterio son inescrutables. Tu corazón te dejó vivir lo justo para que completaras el trazo del personaje al cual concediste "el último latido de tu viejo corazón". Tal vez hoy, donde quiera que estés, al fin tengas la respuesta a la pregunta que inició la amistad de tu personaje Mario con Neruda: "¿Es el mundo entero una metáfora de algo?". ■